

Sentirse escritor, ser escritor



Siempre resulta difícil determinar cuándo se convierte alguien en escritor. ¿Se nace así, o se empieza a serlo en el momento de sentir “el llamado de la vocación”? ¿Cuando realiza sus primeros intentos sobre el papel o en la pantalla de la computadora, o al concluir la primera obra, sea poema, cuento o ensayo? ¿Cuando publica en una revista o un suplemento? ¿O hasta que se imprime su primer libro? Si bien la respuesta puede ser cualquiera de las anteriores, estoy convencido de que quien decide ser escritor comienza a sentirse como tal en el instante mismo de tomar la decisión, aunque quizá la timidez o la inseguridad le impida responder “Soy escritor” cuando alguien le pregunta a qué se dedica, y cambia la respuesta a un modesto “Estoy intentando escribir”.

En la actualidad abundan los talleres literarios, las escuelas de escritores y hasta las carreras de Escritura Creativa en varias universidades tanto en México como en Estados Unidos, y tal vez en otros países. Sin embargo, me es difícil aceptar que uno es escritor porque recibe un título universitario –como si fuera

Me inclinaba hacia las matemáticas y las ciencias exactas, y mi intención era estudiar Física, pero, tras leer aquel libro levanté la cabeza y dije “Ya sé lo que quiero hacer con mi vida”

médico o abogado-, o un diploma donde se consigna que cursó todos los laboratorios o clases de escritura, o una credencial “de escritor”, como otorgaba años antes la Escuela de Escritores de la Sogem, que lo identifica como tal. Desde mi punto de vista, la escritura no es una carrera sino un oficio. Se trata de un ámbito en el que nunca se deja de aprender, en el que lo más valioso es la experiencia (el oficio), y no el documento que da una institución.

En lo personal, tomé la decisión de dedicarme a este oficio varios años antes de hacer mis primeros intentos en la escritura. Ocho años, más o menos. Cursaba el último semestre de la prepa cuando se me atravesó una novela que no sé si cambió mi destino, pero sí lo hizo con mis intenciones inmediatas. En esos años juveniles me inclinaba hacia las matemáticas y las ciencias exactas, y mi intención era estudiar Física, pero, tras leer aquel libro levanté la cabeza y dije “Ya sé lo que quiero hacer con mi vida”. Todos en mi familia se sorprendieron, por no decir que se decepcionaron,

y hubo discusiones, pleitos y hasta burlas. Mi padre insistía en que estudiara una carrera “normal”, de las que generan ingresos. Escuché cientos de veces la pregunta “¿De qué carajos vas a vivir?”, sin poder responderla, porque en realidad no lo sabía.

Me mantuve firme, aunque no tenía idea de cómo se hace un escritor. En ese tiempo –los ochenta del siglo pasado– no existían las carreras de creación literaria, ni las escuelas de escritores y jamás había oído hablar de los talleres literarios. No conocía a ningún escritor, ni a nadie que tuviera contacto con uno. Pregunté, y nadie sabía decirme. Me acerqué al maestro de literatura. “Inscríbete en la carrera de Letras”, me aconsejó. Hasta entonces nunca había oído que existiera la tal carrera ni en qué consistía. Pero fui a pedir informes, y me sorprendió que en esos años hubiera carrera de Letras en cuatro universidades de la ciudad: en la UANL, en el Tec, en la UdeM y en la UR. Revisé los programas y el que me resultó más atractivo fue el de la Universidad Regiomontana, pues daba prioridad a la

literatura, por encima de las lingüísticas y las teorías literarias. Me inscribí, sin saber lo que me esperaba, y comencé a ir a clases.

Al cursar Letras, lo primero que el aspirante a escritor descubre es que no se trata de una escuela de escritores, sino de literatura. Es decir, ahí no se enseña a escribir, sino a analizar los libros que otros escribieron desde el punto de vista de las teorías en boga. Otra cosa que se advierte desde el primer día –al menos así era en la UR–, es que los estudiantes de Letras constituyen una ínfima minoría entre la población estudiantil: nuestra facultad tenía, en su época de mayor auge, veintiséis alumnos, repartidos en todos los grados y en los turnos matutino y nocturno. Así, llevé alrededor de veinte asignaturas como único alumno, recibiendo clases particulares. Y, para rematar, puedo decir que “yo soy mi generación”, pues cuando acabé la licenciatura fui el único alumno que se graduó. Contaba veintiún años, en diciembre de 1986.

Ya lo dije: aún no escribía nada, y al iniciar Letras tampoco era un gran lector. Creo recordar que llegué a la carrera con un bagaje de unos treinta libros. Mis compañeros, al contrario, habían leído muchísimo (entre ellos se hallaba Hugo Valdés, quien se convirtió en mi principal guía de lecturas,

mucho más que mis maestros). Y traté de alcanzarlos, leyendo como loco. Noté entonces algo extraño: varios alumnos que escribían desde la prepa, o incluso antes, iban dejando de hacerlo conforme cursaban la carrera. ¿Por qué? Tardé tiempo en entenderlo, pero creo que se debía a que, los narradores, por ejemplo, luego de escribir un cuento, en clase les encargaban leer y analizar uno de Chéjov o de Borges o de Inés Arredondo, y caían en la cuenta de que el suyo estaba a una distancia insalvable de esas obras maestras, y optaban por abandonar, declarándose incapaces. Lo mismo, pienso, ocurría con los incipientes poetas que, luego de pergeñar unos versos, leían a Quevedo, a Góngora o a Octavio Paz y llegaban a la conclusión de que nunca alcanzarían ni la mitad de esas alturas. Solo siguieron insistiendo en el oficio los más tercos, como el mencionado Hugo Valdés, y alguno como yo, que aún no escribía, y por lo tanto no experimentó decepciones similares.

Luego de haber pasado por la facultad de Letras en plan de leerlo y absorberlo todo, volví a la casa familiar, que ahora se hallaba en Ciudad Juárez, dispuesto al fin a escribir, pero tras unos breves intentos supe que aún me faltaba preparación, lecturas. Conseguí un empleo que me quitaba pocas

horas y dediqué el resto del tiempo a seguir leyendo. Tomaba apuntes, copiaba en mis libretas frases y párrafos que me parecían interesantes, al ser cercanos a mi propia manera de contemplar el mundo. Anotaba posibles argumentos para narraciones y ensayaba inicios o finales. Con la familia viví un par de años en Ciudad Juárez y unos seis meses en San Luis Potosí, hasta que regresé a Monterrey, donde fui vendedor de chatarra y luego maestro de literatura. Por esos tiempos, Hugo Valdés publicó su primer libro, lo que significó para mí un poderoso acicate, pues siempre hablábamos de “ser escritores” y él era el primero en tener una evidencia palpable de que ya lo era.

Entonces, tras haber copiado con mi puño y letra infinidad de párrafos de mis autores más admirados, creí que ya me sería posible escribir algo propio. Y lo intenté en serio por primera vez. Tras varias salidas en falso, un relato comenzó a crecer en las páginas de mi cuaderno, en forma lenta, con muchas tachaduras y harto papel hecho pedazos. Pero crecía. Tardé algunos meses hasta verlo terminado. Un cuento de aproximadamente dieciocho cuartillas. ¿Ya era escritor? Sí y no. Mientras lo escribía, mientras luchaba con las palabras, con la lengua española, para elaborar alguna frase que me dejaba sa-

tisfecho, me sentía en realidad un escritor. No tenía dudas. Sin embargo, nadie, aparte de mí, lo sabía. Nadie me había leído. ¿Cómo decirle a los demás, al mundo, que yo era un escritor?

Tenía veinticuatro años y daba clases en la misma institución donde estudié, al tiempo que cursaba unas materias de maestría ahí mismo, cuando la UR publicó la convocatoria interna para un certamen de cuento. Envié el que había escrito. Ganó. Desde entonces creo que, cuando alguien gana un concurso literario, por modesto que sea, surge una voz que susurra en el oído del ganador: “Algo estás haciendo bien, sigue así”. El premio en metálico desaparece pronto, mas la palmada en el hombro que significa haberlo ganado permanece para siempre en la consciencia, y en el currículum. Había ganado un premio de cuento, ¿ya era escritor? De nuevo sí y no. Alguien me dijo entonces que uno no lo es sino hasta que tu texto llega a los lectores. Unos meses más tarde, la revista de la universidad, Urbi, publicó en sus páginas aquel cuento. ¿Ya era escritor? Por lo menos algo tenía claro: estaba en el camino.

Cualquier premio otorga seguridad, y también ambición. Ambición literaria en este caso. Con la publicación, además, recibí los primeros comentarios de lectores a quienes les había

gustado. Y me propuse que lo siguiente no sería otro cuento, sino una novela. La inicié. Llevaba dos capítulos escritos –unas cuarenta cuartillas– cuando me enteré de la existencia del Centro de Escritores de Nuevo León, cuya convocatoria se publicó en los periódicos. Había que enviar a concurso un proyecto a desarrollar y una muestra de escritura. Lo bueno de los proyectos para pedir una beca es que, para los jóvenes que no tienen bien visualizado lo que quieren escribir, funcionan a modo de escaleta, de guía argumental. Me apliqué a trazar mi proyecto lo más preciso que pude, y lo acompañé con mi cuento ganador y los dos capítulos concluidos. Salieron los resultados: me habían otorgado la beca. Ahora sí era escritor. ¿Por qué? Porque los otros a los que les dieron el apoyo eran escritores. Yo había leído en el suplemento Aquí vamos por lo menos a Leticia Herrera y a Joaquín Hurtado, y sabía que Luis Lauro Garza tenía un libro en la editorial Siglo XXI. Además, pertenecía al Centro de Escritores. Ya era, pues.

La beca obligaba a asistir a un taller literario semanal entre todos los becarios, coordinado por Héctor Alvarado, lo que, al menos a mí, me hizo adquirir una constancia en la escritura que no tenía antes. Dejé de ser un diletante para adentrarme en el oficio. Entre mis compa-

ñeros había otro desconocido que, como yo, también se iniciaba, David Toscana. Las lecturas de los demás, sus críticas, el tallero, funcionaron: afinaba el estilo, quitaba sobrantes, agregaba faltantes, le daba dirección a la historia, ganaba experiencia y oficio. Tras un año, se acabaron la beca y el taller y yo no concluía la novela, que se alargaba cada vez más. En los dos años siguientes llegó a casi seiscientas páginas e iba a seguir creciendo, hasta que decidí parar. No le veía el fin. Decidí cambiar de género y volver al cuento.

Ya para estas fechas varios escritores incipientes, y Hugo Valdés, que tenía tres libros en su haber, habíamos formado un grupo, el Panteón y tallerábamos semana a semana. Escribíamos con constancia, nos criticábamos sin piedad y, cuando los textos salían bien, brindábamos por ello. Y, sin embargo, luego de tres años de sentirme un escritor sin lugar a dudas, recibí un golpe que me hizo dudar otra vez de si lo era. En ese entonces abundaban los encuentros de escritores en diversas partes del país, y las invitaciones llegaban con frecuencia, primero para Hugo Valdés, después también para David Toscana, que publicó su primera novela en Tierra Adentro. Para mí ninguna. Por supuesto, me resentía, me sentía excluido. Un día, al verme

así, Hugo me dijo: “Tienes que publicar. Si no estás publicado, no existes como escritor”. En ese momento sufrí lo que puede equipararse a una crisis de identidad. Si no era un escritor, ¿qué era? Trabajaba entonces en Comunicación Social del gobierno, escribiendo la crónica gubernamental. Escribía para vivir. Mas no tenía libro. Mis cuentos habían ganado algunos premios estatales y nacionales, estaban publicados en revistas, y aun así mis colegas no me consideraban uno de los suyos; no tenía lectores, más que los jurados de los concursos.

Debía hacer algo. Reuní mis cuentos, los leí, los revisé, eliminé algunos y armé un volumen. Meses antes me había tocado acompañar a Toscana y a Hugo Valdés a la capital a dejar sus manuscritos en las editoriales y supe que tenía que hacer lo mismo. Saqué copias, engargolé y fui. Solo fui a dos editoriales; en la primera no me recibieron el libro, en la otra sí. Regresé a Monterrey a esperar. Me hablaron: el libro se iba a publicar. Pasó casi un año, hasta que recibí el primer ejemplar de *Los límites de la noche*, editado por Era. Al tenerlo en las manos –llegó por correo– empezaron a difuminarse todas las dudas que me habían acompañado durante los últimos trece años.

Pero aún persistía una: ¿alguien lo leería?